

nido de buena fe á morir con valor y sin fruto: ¡has muerto tú! ¿y mi madre?.... ¡madre querida, has perdido de una vez á tu hijo y á tu esposo! y quedas en ese mundo á llorar tus desdichas, al lado de mis inocentes hijos, que también han de llorar en su orfandad....llorarán, si esos mis tiernos pimpollos, prenda para mí la más preciosa del ser que más amo en el mundo.....de mi esposa, de mi idolatrada y cara esposa, que en medio de esa sociedad inicua va á quedar abandonada y á ser la burla de los malvados. Queda, mi querida, cumple con tu misión de llanto, que yo aquí muero conforme para cumplir con el más santo de mis deberes”....Ya estas reflexiones eran muy interrumpidas, porque no dilataba la muerte en dar término á su vida; “queda, sí” siguió apenas en su mente, “queda con valor, que muy pronto la misma hambre y los padecimientos te consolarán sacándote de esta vida amarga y esa sociedad ingrata que no te ha de consolar, y que olvida que tú también eres mártir por ella; pero un Dios te espera, es bueno y nos ha de consolar. Adiós esposa, adiós mis tiernos hijos, adiós amada madre, que á mí también me espera Dios, si, me espera....piedad! ¡oh Dios, piedad!!”....

El brazo en que estaba apoyado sucumbió, dió con la cabeza en una piedra, y exhaló el último aliento.

ELENA

MIGUEL MARTEL.

Esta escena y después la noche, el cielo azul y sereno, se cubrió sembrado por multitud de ondas nevadas; y la luna, triste y languida, recorre á guisa de ingenio de roca derramando su brillo en las vagas aguas de la mar; uno que otro lucero se ve lejanamente, y acaso llega á desaparecer por alguna neblina perdida que encasota su luz. Un profundo silencio, semejante al que se manifiesta al piegar sus alas, y el pájar va pisando la superficie.... Las nubes dió el velo y con las últimas vibraciones preparan los acentos de un canto triste, po-

Biblioteca de la Universidad de Chile



## ELENA

### EL AMOR DE UN PIRATA.

6

I

Está serena y apacible la noche: el cielo azul y espacioso se estiende sembrado por multitud de ondas nevadas; y la luna, triste y lánguida, recorre aquellos trayentes de nieve derramando su brillo en las verdosas aguas de la mar; uno que otro lucero se ve lejanamente, y acaso llega á desaparecer por algún celage perdido que encapota su luz. Un profundo silencio; soñoliento el cierzo mansamente despliega sus alas, y al pasar va rizando la superficie. . . . Las nueve dió el reloj y con las últimas vibraciones espiraron los acentos de un canto triste, pe-

ro armonioso. . . . Poco á poco descúbrese una lancha, agítase la superficie, riela la luna en las ondas, el ruido de la lancha se acerca, y el vaivén de las aguas llega hasta la playa. Parece que viene sola, nadie se mueve y solamente el único ruido que se escucha es el de las aguas, y algunas veces el viento que con son medroso estalla en la vela inflada.

Ya llegó á la playa, salta á tierra un hombre, su edad es como de veinte años, su continente expresa cierta melancolía habitual, pero que daba á su rostro un tinte lleno de suavidad y dulzura, su cabello castaño oscuro no tenía que envidiar al de una dama, su estatura atlética mostraba un vigor sin igual, su cintura ciñe una espada curva, dos pistolas enclavadas en su cinta, y el puño de un estoque asomado en su pecho son sus armas. Este hombre es Jorge, nombrado Bruno el pirata, el ídolo, el anhelo es de aquellos valientes y fieles hombres que le acompañan; mil veces le son deudores de su vida á costa de su propia sangre, pero nunca se acuerda de esto, y al contrario, cree siempre, que el amor y decisión que por él manifiestan, es una pura bondad y no un deber. Se sacrifica por ellos, no los trata como jefe, sino con la mayor dulzura, y aunque nunca se le há visto reír, porque parece desgraciado, sin embargo, hace por darse un tinte de alegría

en medio de sus vasallos. Estos lo advierten y quisieran tal vez á toda costa hacerle feliz, pero prudentes respetan sus secretos y se consuelan con la lejana esperanza de que algún día serán acreedores á que les abra su pecho.

Al pasar por entre ellos se han formado y le hicieron los honores que merece. Ha dado sus órdenes, y todos las respetan. Mis fieles amigos, aquí esperareis, antes de rayar la aurora nos alejaremos de estas costas: si necesitais de mí, á la menor seña, estaré con vosotros. Dijo, y echóse á andar y en breves instantes ha desaparecido de la tropa.

## II

Espesos nubarrones cubren la faz de la luna, el viento brama estallando con furioso impulso en las paredes, la luz de los faroles amortiguada ya, no alumbra las calles, solamente el pálido fulgor que sale de una ventana y que reflejaba en la acera opuesta desvenecía la sombra de aquel lugar. Esta ventana pertenecía á un magnífico salón; en una extremidad de él se ve á una joven apoyada en una mesa, cuya fisonomía inquieta demuestra que aguarda con anhelo á alguno.

Esta mujer es bella, como el angel del amor, y hechicera como una virgen dolien-

te; su cabello en hilos de oro finísimo cual cadejos de desarrollada seda, caía con difusión hasta llegar á la garganta de su delicado pie, cubriendo la mayor parte de los lindos contornos de su pie: su frente es tersa y alba, y sus ojos negros y rasgados son suaves, atrayentes, llenos de encanto y pudor; dos arcos lustrosos de abundantes cejas hacen resaltar más la blancura de su frente y el brillo de sus ojos; sus mejillas, cubiertas por un ligero carmín, no envidian el matiz de la flor; su boca incitante y hermosa; toda ella es delicada como el mismo lirio; un ropaje oscuro de seda cubría sus delicadas formas, cuyos ondulados pliegues descendían caprichosamente hasta el pavimento; una bugía iluminaba la escena; el cuerpo de aquella mujer aumentaba más su lubricidad, y más allá va á morir en las sombras, dejando casi oscuro el tapiz de las paredes.

De aquella visión mágica un suspiro se dejó oír en el silencio del aposento. Se dirigió á la ventanilla y la abrió, inclinó su estatura esbelta, y repasó varias veces la calle solitaria.

—¡Qué oscuridad, Dios mío!... ni una estrella alumbraba en esta noche... yo no sé qué cierto pavor me causa lo frío que está el viento, el zumbido triste que produce al cortarse entre los barandales... ¡Ah! yo no sé lo que siente el corazón. No

parece Jorge, y ninguna señal que me indique su venida. ¡Oh! vibra, relámpago macilento, vibra para que con tu luz le vea para que reconozca ese talle gentil al que adoro. ¡Ah! nunca te apagues, fuego divino, nunca, arde, que soy dichosa; y se quedó pensativa dirigiendo á la calle sus miradas.

## III

—Jorge, esposo mío, dijo la joven estrechándole entre sus brazos.

—Elena, mi vida, qué feliz soy cuando estoy estrechado en tu seno.

—Cuánto has tardado; creía que no vieneses, que te hubiera sucedido algo en esta noche tan oscura, tan pavorosa...

—¡Oh! no temas por mí... Dime, ¿qué puedo temer siendo tú mía, aun cuando tu amor me hiciera arrostrar todos los peligros... vencer todos los obstáculos con toda la energía de mi alma? Ven, encantadora mujer, sentémonos el uno junto al otro; ven, amor mío, acércate junto á mí, para que con el aura soñolienta aspire el aliento de tu boca... háblame, para que oiga el dulce acento de tu voz, para que embriague mi sentidos. Elena, tú solamente sujetas á esta alma terrible; sí, porque tú eres mi alma, mi Dios... tú superas á!

amor de mi barco y de mis compañeros; si querida, tú enagenas con tus miradas mis potencias, paralizas mi pensamiento, y no puedo hacer más que admirarte; si mi mano siente el suave tacto de tus formas, mi alma se adormece y lánguida espira al impulso de tanta felicidad. Ni el sol, ni las estrellas, ni esa tela que engalan, tiene la influencia que tú sobre mí; tú haces palpar con fuerza mi corazón; yo siento arder mi sangre cuando te escucho, porque siento que me abrasa tu amor.

—Jorge mío, dijo la joven con hechizo indefinible ¿estás contento con mi amor? y sus ojos se rasaron de lágrimas. . . .

El joven no respondió, sino que precipitadamente estrecha á Elena entre sus brazos; sus labios se encuentran y algunos instantos quedaban unidos. Dos lágrimas ardientes se desprendieron de los ojos de Jorge, cayeron en el rostro de su amada, y corriendo á lo largo de su cuello, se perdieron en su seno.

—¿Por qué lloras, Jorge? ¿Pensas que no soy bastante feliz con que tú me ames? Siempre estás triste, continuamente suspiras, ¿qué tienes? Si eres desgraciado, qué me importa? Yo sufriré contigo tus desgracias, te amaré con más fuerza, con todo el ardor de mi corazón; ¡oh! yo sería más dichosa aún. . . .

—Encanto celestial, sella tu labio hermo-

so y divino, porque es poderoso su encanto, irresistible su hechizo, y el corazón muy mezquino para resistirte; tú endulzas mi existencia y me haces ver lo hermoso de la vida; á tu lado todo lo olvido. . . . y si tengo de que arrepentirme, es por tí, mi vida, mi amor. . . . Oyeme; nací al mundo, abrí los ojos á la luz, y desde entonces mi frente estaba marcada con el sello de la desgracia. . . . Salí de la infancia, y dotado de una imaginación ardiente, veía los encantos del mundo, sus mujeres hermosas, su lujo, su esplendor. . . . esa idea que llaman gloria, y todo, todo producía en ella sensaciones sublimes; yo veía un grupo precioso, una procesión de encantadas fant. mas, soñaba yo con ellas y vivía lleno de felicidad, porque creía que todo era verdadero. . . . puse mi fe en el amor de las mujeres; en sus tiernas caricias adoré esa sensibilidad que el poeta pinta en sus concepciones, pero que no ha encontrado; en vano, el pecho lleno de amor y de fuego buscó ese angel, ese ser ideal que se había prometido en sus ensueños. . . . Entonces, cediendo á el hastío de mi vida, apuré con ansia los placeres de la orgía, conocí á la sociedad y obró en mí la venganza. . . . pero qué importa, si aún es tiempo de arrepentirse, de gozar de la vida. de apurar una á una sus delicias, si, porque Dios todo me lo ha dado en tí. . . . Mira,

angel de candor y de inocencia, la tempestad no volverá á mugir sobre nuestra cabeza, las nubes negras se disiparon ya, y otro cielo más puro, más claro, nos ha de velar; la virgen de la noche estará con nosotros, ella solamente será testigo de nuestro amor, de nuestra ternura; yo estaré junto á tí y recogeré tu aliento, tu alma, con el perfume de las cercas flores, y tú recostada en mi pecho templarás, hermosa, la hoguera que por tí arde en mi pecho. Oh, siéntate, siéntate beldad peregrina, un momento realizaremos las dulces esperanzas, olvidemos al mundo como si nosotros existiéramos, y esta sala se nos ofrecerá como un edén de delicias....

El joven está en el seno de su amada, el silencio de la noche, el calor de su mullido seno, le hace olvidar todo, ya no es desgraciado, y sólo contempla el rostro del angel que lo embelesa; un deleite indefinible se ha derramado por todo su cuerpo, quisieran hablar, pero su voz expira en su garganta, y el deleite les embriaga totalmente el alma; se inclina la joven, y con la seducción del angel del amor, dirige una de esas miradas aletargadas, de esas miradas lánguidas, melancólicas, sublimes, en fin, una de esas miradas en que se dicen: sólo tú eres mi amor, á tí sólo amo, tú eres el único ser á quien mi corazón adora; yo te doy mi amor, mi vida, mi alma toda.... Al inclinarse

su cabello se ha diseminado, y cubre ambas faces; el salón está casi obscuro; algunos de los muebles se retratan en los espejos, las mesas del más exquisito jaspe servían de pedestal á varios braseros en los que se consumían aromáticas sustancias, arrojando un humo blanco y diáfano, que visto en los espejos parecía algún celaje que mansamente se remontaba á las nubes. Todo está en quietud, y sólo el lento ruido del reloj, perturbaba aquella escena silenciosa.

Las doce sonó el reloj, el viento zumbaba con fuerza, súbitos relámpagos cruzaban la atmósfera cuya lumbre serpeaba por el magnífico salón, hiriendo los deleitosos ojos de ambos jóvenes, y allá lejanamente se oía el fragoroso estallido del trueno....

Elena aún continuaba teniendo reclinado el rostro de Jorge, mil juramentos de amor eterno han pronunciado sus labios, que los ángulos de la sala han repetido. De pronto se oyen algunos tiros, se levanta Jorge, toma sus armas y se sale de la estancia, sin que valieran las lágrimas de Elena para quebrantar su honor; crece más la algazara y después todo quedó en silencio.

#### IV

Habían pasado tres días después de aquella noche; la iluminación que en las más de ellas se veía en aquella parte del edifi-

cio, no se había vuelto á ver. Solamente la ventanilla ha estado abierta, y en ella se ha visto un bulto que no ha podido distinguirse por la obscuridad; algunos movimientos que por intervalos se veían en él, hacían creer que fuese un ser viviente; por lo demás, un busto fabricado allí, y él se confundirían.

Las horas se sucedían unas á otras y la ventana permanecía de la misma manera; la mañana de aquel día estaba hermosa y clara, pero las cortinas descorridas completamente en los balcones, dejaban apenas penetrar la luz; las mesas han perdido su brillo por el polvo que ha caído sobre ellas, los braseros apagados no despiden ningún aroma ya, la ceniza cubre lo más de sus exquisitas labores, el reloj silencioso por falta de cuerda, señalaba las cinco y media; todo parecía haber sido abandonado desde entonces, de ningún mueble se había hecho uso; la tranquilidad que reina allí demostraría la ausencia de los que otra vez la habitaron.

Pero hay allí una mujer, vedla cuán distinta de aquella noche, una cinta negra sostiene su cabello, en sus vestidos se nota el mayor desorden, su garganta, lo mismo que su seno, están en parte descubiertos; su cabello difuso resbala por uno de sus hombros cubriendo negligentemente todas las partes de su descenso. Vedla postrada ante una

imagen de la Soledad. ¡Qué interesante es su figura, cuánto amor inspira, qué irresistible es su presencia! Sus ojos están anegados de lágrimas, sus mejillas pálidas, y las facciones todas de su rostro se ven un poco extenuadas. Tan profundo así había sido el sentimiento. Aquella noche terrible deberá fijar una crisis en el porvenir de su vida.

Cuando Jorge se separó de ella, su alma recibió una de esas sensaciones que se experimentan cuando una chispa eléctrica ha sido desprendida por el dedo del receptáculo que la contenía, una de esas sensaciones que después del primer movimiento externamente produce la abyección y el silencio pero que en el interior desgarran nuestros sentidos; un horrible martirio que gradualmente lacera el corazón como un instrumento que sin filo ni punta trata de introducirse.

Elena, á pesar del dolor tan intenso que recibió su alma, á pesar que sus miembros apenas podían sostenerla, á pesar de que su alma iba casi á apagar en ella el de la vida, tuvo la idea de seguirlo; pero la precipitación con que éste salió, no le había permitido esto. Idea propia solamente del amor virgen, del amor puro é inocente, propio de un corazón que vivirá con el primer hábito del amor, y últimamente morirá si éste es desgraciado, ó si en medio de su carrera encuentra un choque.

Desde entonces, desde aquella hora tan sublime y acaso tan desgraciada para estos dos corazones que habían construido esa cohesión esencial con que se edifica el amor santo y puro, había sido para ella un continuo penar, ni un instante se separa de la ventana, la sofocación que sintió cuando oía aquel ruido confuso y aquellas descargas, el ansia que se apoderó de ella cuando todo cesó, no poder saber cuál había sido el resultado de todo aquello, eso era horrible. La demencia iba á apoderarse de ella en el grado más grande, y á pesar de la lluvia permaneció allí hasta que la luz vino á descifrar el nuevo día.

Cuando Elena vió que la noche había pasado y que no parecía Jorge, un presentimiento de muerte la hizo estremecer, cerró la ventanilla, corrió á un sillón cercano, un pequeño grito salió de sus labios y quedó sin sentido: una que otra lágrima helada y fría al comprimirse sus párpados, cayo sobre sus manos, y la vida parecía haberse completamente retirado de aquel cuerpo tan perfecto, de aquella especie de miniatura que nació para ser admirada. Su cabeza caida hacia atrás, suelto su cabello, parte cubría el respaldo de la silla, parte quedaba detenido en sus faldas, los colores se habían retirado de sus lugares, y abandonada á sí misma, su lindo tápalo se había desprendido, su elegante túnico se acortó un poco

más, y entonces pudo distinguirse un pie diminuto, engastado en un zapato de raso. Su cutis fuera de la blancura del mármol, si no era tan precioso, tan incitante como antes, á lo menos deja ver unas venas sutiles y azules que se dibujan perdiéndose entre el vestido que oculta, aquella postura aquella situación que la hacía ver como á la Venus voluptuosa dormitando ahí.

Algunas horas después había salido de aquel peligroso parasismo, pero su razón no estaba conforme con los signos de la concordancia, sus pasos, su pensamiento, su vista, la había reducido á dos cosas, una á aquella ventana y la otra á arrojarle á los pies de aquella imagen. Tres días había pasado así, tres días eternos, tres días de desvelos, de lenta agonía y de continuos dolores. Jorge era su único pensamiento, su destino, la sola idea que su mente concebía, porque él era su vida, porque en él solamente había visto su mundo, su dicha, su felicidad: aquella mañana no se había apartado de los pies de la Virgen y aún continuaba sus súplicas.

--¡ Oh Madre bendita, Madre del dolor, el nombre que tienes, Madre mía, es el nombre de consuelo, es el nombre atractivo con que tú haces llegar hasta tí al desdichado! Dos días ha que lloro, Señora; postrada á tus pies, oh Madre mía! y ni un destello de esperanza, ni el más leve consuelo



que enjague el llanto de mis ojos. El placer y el encanto que otras veces encontraba al buscar mi pecho tu apoyo y tu amor, ni aún esto, ¡oh Virgen! he encontrado. Oyéme, Señora, luz de mi alma, muéstrame tu semblante, como en aquellos días en que te ví piadosa. . . . Cuántas veces, al retirarme de tus pies, al concluir la oración diaria que te hacía, al levantarme, ví tu faz como entre dulce y benigna, y ya entonces te contemplaban mis ojos, rasábanse de lágrimas y lloraba con amor con reconocimiento y ternura. . . . Pero ahora, Madre divina, parece que has desconocido aquella voz que siempre oía, y mientras te ruego, mientras más te invoco más me parece que tu faz se enoja, mas el dolor me hiere. Escúchame, Virgen, nunca pensé más que en que mi corazón se fijara en tí. . . . Pero tal vez tú misma me diste otro destino, mi existencia se halla ligada en la tierra á un hombre, á un joven que desde entonces amé, y que acaso no está lejos de morir.

A tí imploro, Señora, porque tú conoces mi dolor, porque con tu nombre amparas al desdichado en la "soledad" que has padecido. . . . Sola, vivir sin él, existir sin verle, sin oír su voz. . . . ¡Ah! perdona, pero este amor supera al que he sentido por mi padre; yo fuí hecha á semejanza tuya, las dos nacimos para amar:

tu corazón fué criado para amar al mundo, y el mío, como un reflejo del tuyo, para amar un mundo pequeño, formado solamente para mí. ¡Oh! vuélvemelo, Madre mía, vuélvemelo, por aquella amargura que sentiste en el Gólgota, oye mi voz de amor, aquella voz que apenas balbucian mis labios, y ya se empleaba en amarte y bendecirte, en implorar tu protección.

Sus labios han enmudecido; inclinó su cabeza y el llanto copioso se desprendía de sus ojos; sus manos han cubierto su rostro, y se ha quedado en un estado de inacción. . . .

## V

Pocos días después en una mañana la gente discurría por las calles, como si hubiera habido alguna fiesta; el grito de las vivanderas resonaba en las calles y las vendimias se habían acrecentado en todos los comercios de gastronomía; todo estaba en el mayor movimiento. Después de algún tiempo varias cornetas de caballería sonaban en la calle, la gente se agolpaba en las ventanas y balcones para verla pasar.

Un hombre alto estaba en una de ellas, pero baja y contigua á la casa de Elena, díjole á otro que pasaba: amigo, ¿no sabe á dónde va esa tropa?

—Caballero, esta tropa no va, sino que viene. ¿Qué no sabe que ha sido la ejecución de justicia de los que pillaron ha poco?

—¿Cómo, hoy ha sido la ejecución de los piratas? Amigo, este es un beneficio que nos agradecerán eternamente los navegantes.

—Oh, sí, cuentan que uno de entre ellos (y fué al primero que le trovaron la nuez) antes de morir parecía que había perdido totalmente la razón, porque se le vió hacer las mayores extravagancias, y en todas ellas no se separó de sus labios el nombre de una mujer... una tal... Elena.

A este tiempo se dejó oír un grito, un grito tan triste y penetrante, que parecía el último de alguno sobre la tierra; el grito fué tan fuera de lo común, que los dos hombres pararon el diálogo, pero no viendo nada, siguieron en él hasta despedirse.

Después de este día, la casa de Elena estaba cerrada, á nadie se veía entrar ni salir, los días sucediéndose unos á otros iban acumulando en todas sus partes el polvo, y la deterioración propia de las cosas hermosas. El tiempo, verdugo insaciable de todo, iba poco á poco conduciéndolas á su fin. Algunos, que por casualidad habían tenido la dicha de verla y admirarla, compadecían silenciosos la ruina, culpando á sus dueños de indolencia. Otros inquirían

las costumbres de ellos y deducían para sí, que causas muy naturales habrían para producirse de aquella manera. Los vecinos aseguraban cosas horrosas; quien decía que al pasar había visto una sombra y oído ciertos pasos; otro, que una noche vió á un hombre deslizarse por los balcones y que inmediatamente la casa apareció iluminada, de modo que parecía incendiarse. Cada cual contaba una leyenda llena de misterio ó una fábula, según su humor.

## VI

Poníase el sol; con lento paso hundía su faz ardorosa tras de la encumbrada montaña, y sus rayos perdidos por la concavidad de los cielos, tornosolaban algunos celages: de oro parecían los picos de las montañas y sus declives de esmeralda... Se perdían ya, y al perderse un turbión de sangre pinta, y al momento una luz rosada le sucede...

Aún suena el órgano, y sus acentos mezclados con los de las vírgenes, daban al alma una sensación dulce y lánguida. Habían descornado el velo que ocultaba á la virgen fundadora de aquellas religiosas, la cera ardía con profusión; cada una de ellas en señal de reverencia mostraba en su ma-

no un cirio, estando formadas en dos hileras una frente á la otra, y presidiéndolas una de ellas mismas: el incienso se remontaba á la bóveda del templo en nubes espesas de humo blanco y perfumado: el órgano sonoro y magestuoso acompañaba aquellos salmos tétricos y sublimes, hechos por aquella inspiración poética y misteriosa que infunde en nuestra alma estas altas religiosas. Aquellas imágenes santificadas por la soledad y el silencio, parece que se adormecían con aquellos cánticos solemnes.....

Sonaba ya el último salmo, la iglesia quedaba sin luz, alumbrada sólo por el brillo rojizo de las lámparas....concluyeron las ceremonias, la gente se salió y las vírgenes dejaban también el coro para ir á sus obligaciones internas; pero una de ellas no volverá á acompañarlas, porque en el coro ha muerto....Esta mujer, rodeada siempre para las demás de un profundo misterio, había sido para ellas el ejemplo de la virtud.

Dos años hacía que vestía el hábito, nadie la conocía sino en su virtud: de todas era mirada, y sólo sí muchas veces, cuando tomaba el lugar más apartado, se le veía solamente sollozar, acompañando sus lágrimas con profundos suspiros. ¡Oh! entonces con qué veneración no la veían y qué efectos tan fervorosos no producía en

el ánimo de las demás: aquella tarde se había visto estar más agitada, dos religiosas la acompañaban hasta su lugar de costumbre, pero esta vez no se oyó ningún lloro, ninguna queja; al ir á levantarla las mismas para conducirla á su celda, la hallaron fría; juntáronse todas para darle algunos socorros...Levántanla, examínanla si aún tiene algo de vida....pero era tarde ya; al descubrirle el rostro, las religiosas se admiraron de su extraordinaria belleza, aunque sus facciones algo gastadas habían disminuído de alguna manera la hermosura del conjunto. Al levantarla cayó un relicario, era un retrato en el que había un hombre y una mujer; en aquel decía Jorge, y en el otro Elena.

